

RAROS Y PARADÓJICOS MUNDOS (FUERON) TRAS EL TELÓN (QUE, AL FINAL, NO FUE DE ACERO)

por Matías Escalera Cordero

Sí, a menudo, me lo han dicho y, tal vez, sea cierto. Soy una de las personas, sin rango diplomático, ni comercial, de mi generación, por supuesto, que, si incluimos a la vieja Yugoslavia en el lote, más veces, por más sitios y de formas más variadas traspasó el famoso “telón de acero” que dividió Europa durante décadas; desde la llegada a la antigua Unión Soviética por vía férrea, a través del paso de Brest, luego de atravesar Francia, Bélgica, Alemania Occidental, Alemania Oriental, Polonia, Bielorrusia y Rusia, en enero de 1987, hasta los incontables pasos y repasos de la frontera yugoslava por los cuatro puntos cardinales; y, entre tanto, los diversos pasos de la frontera húngara, de la Alemania Oriental, o la del famoso muro de la emblemática Berlín: en automóvil, a pie y en Metro; pues, sí, en Berlín existió quizás el único, que yo sepa, paso fronterizo en toda regla, aduana incluida, que ha habido en una red metropolitana. O hasta el fallido intento hacia la ciudad de Timisoara, justo el fin de semana del levantamiento popular contra el tirano Ceaucescu.

Unos pasos fueron graciosos, como el de Varazdin, entre Croacia y Hungría, con más de un centenar de turistas italianos despistados ante la parsimonia, e hiriente indiferencia, de la funcionaria húngara, comiéndose el bocadillo tras la ventanilla de visados, mientras permanecíamos hacinados en la barraca aduanera, a la espera de que otra malhumorada funcionaria –a gritos– nos hiciese la reglamentaria foto –de delincuentes bandoleriles (¡aún la conservo!)– con una viejísima cámara tipo Polaroid, que luego, la primera, la del bocadillo, tenía que poner y matar sobre el impreso del visado mismo.

O extraños y rocambolescos, como el paso a pie por los Alpes austriacos, con mi portafolio incluido, sin que nadie me dijera nada, ni se extrañase de ver a un profesor español de la Universidad de Ljubljana atravesando la frontera yugoslava, a más de dos mil metros, a pie, tan pancho, y tan tranquilamente.

El caso, amén de extraño –ahora y aquí–, era, sin embargo, sencillo de entender y más común de lo que puede parecer, entonces y allí; y es que en el automó-

vil en el que había ido a Klagenfurt, con unos alumnos míos de los cursos superiores, “de compras”, iba repleto de chucherías electrónicas camufladas (un equipo de alta fidelidad alemán, según recuerdo, iba incrustado en el motor), y no querían arriesgar mi visado y mi permiso de trabajo en el paso: aunque, a mí –incluso entonces y allí–, me pareció siempre más arriesgado tener que explicar mi presencia en aquel paso portuario: así, a pie, por los Alpes Julianos, intentando pasar de Austria a Yugoslavia... Pero así eran las cosas, estaba equivocado (como en tantas otras cosas: como, por ejemplo, que nosotros vivíamos en países democráticos, y ellos no; que nosotros éramos felices, sin remedio, y que ellos estaban tristes todo el tiempo).

Otros pasos fueron tensos, e incluso dramáticos, como los de la vieja RDA, por la parte de Bayreuth, en auto; con las ametralladoras automáticas siguiendo acompasadamente tu trayectoria.

Otros, simplemente, eran inimaginables para un joven español de entonces –y allí–, por lo excepcional de la situación; o cómo, si no, llamarían ustedes a pasar de un bloque militar a otro, el famoso e inexpugnable “telón de acero”, bajo tierra, en una estación de Metro... Imagínense pasar de “Atocha Oeste” a “Atocha Este”, o “Passeig de Gràcia Oeste” a



“Passeig de Gràcia Este”, y ya estaban al “otro lado”; pero al “otro lado” de verdad, nada de baratas imágenes filosóficas ni gastadas metáforas literarias. El otro lado, otro lado (sin comillas). Y eso en Metro; eso sí, en medio de una monumental cola, que tras hora y media de espera descubrimos que no deberíamos haber hecho, pues los ciudadanos *occidentales* pasábamos por otra *taquilla* (sí, literalmente, la *taquilla*), pues lo primero que venía era aligerar –¿cómo no?– tu bolsillo de decadentes marcos alemanes (*occidentales*, claro).

Nunca he visto sacar tanto dinero (en divisas cantantes y sonantes, decadentes y corruptas, y *occidentales*, claro) a los visitantes como en la antigua RDA (en sus autopistas, por ejemplo, cada auto extranjero –*occidental*, claro–, tenía asegurada su multa de cien marcos alemanes –occidentales, claro–, fuese a la velocidad que fuese, e hiciese lo que hiciese; por eso, yo procuraba no cortar las ansias de velocidad de mi flamante Opel; si tenía que pagar mi “tasa revolucionaria” que estuviese al fin justificada, ¿no?)

Otros pasos, finalmente, fueron una auténtica y emocionante aventura; como aquella travesía de Europa hasta la vieja Unión Soviética, en tren, y la obligada parada en Berlín Oriental, con los soldados rodeando el convoy metralletas en mano; o el paso de la Polonia ya agitada por *Solidarnosc*; pero, sobre todo, mi llegada a la Patria de los trabajadores, por Brest; quien haya visto algunas películas de espías u otras del tipo *Rojos*, se podrá imaginar qué sensaciones me embargaban (yo era un joven comunista español, al fin y al cabo): los carteles, las banderas rojas enormes flameando, los milicianos, la policía soviética revisando los departamentos, mientras permanecíamos sentados, los interrogatorios, etcétera. Increíble. Y yo pasando de matute (lo mío parecía destino, desde el principio) un radiocasete a unos jóvenes estudiantes africanos becados en Minsk, que viajaban en el departamento de al lado, y con los que hice amistad en los largos tres días que duraba el viaje.

En esa ocasión, como en otras, la literatura me salvó; recordé el viejo relato de E. A. Poe, el de *La carta robada*, y ¿dónde puse el radiocasete no declarado?, pues justo encima de la mesita del departamento a la vista de los agentes aduaneros, que dieron por supuesto que era mío y que yo, ese joven profesor becado español que se dirigía a Moscú, tenía los papeles que, en realidad, no tenía. Para que luego digan que leer no es una actividad práctica (descontemos, por pudor, la mina de recursos que suponen las obras de un Salinas, o un Neruda, o el propio Aleixandre, sin ir más lejos, en el avance y acrecentamiento de las relaciones personales, en las frías latitudes orientales).

Sí, es verdad, todo era raro y paradójico... Y estas son, creo, las palabras que mejor definen y describen aquel mundo; o –*sensu estricto*–, hablando en propiedad, “aquellos mundos”; pues el bloque socialista, comunista, oriental, como quieran llamarlo, no era un mundo, eran muchos mundos; y ninguno de ellos, ni uno solo, era como un joven comunista español creía que eran o que deberían ser, al menos.



Entonces, ¿cómo eran?, me dirán ustedes (sobre todo, los que no pudieron conocerlos o, por su edad, los que apenas saben ya de qué estoy hablando o escribiendo).

Pues eran eso *raros* y *paradójicos*... Ya, ya lo sé, no se me amontonen –como dice una buena amiga mía, con acento de barrio–, trataré de explicarme. Cuando regresé, por primera vez, a España, desde la Unión Soviética de Gorbachov (*Gorby*, como lo llamábamos entonces, y allí, los jóvenes comunistas ilusionados), la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la URSS de la famosa *perestroika* (refundación), y de la *glasnost* (transparencia), mis amigos, y mis camaradas del Partido, me asediaban con preguntas que eran, en realidad, una sola pregunta: ¿era o no era Socialismo aquello que había visto y vivido? ¿Nos habíamos equivocado, o no, los comunistas españoles que habíamos renegado de la vieja patria socialista? Y mi contestación les producía la misma invariada consternación, impaciencia y estupor; pues a cada una de sus preguntas les contestaba del siguiente modo: “Ni sí, ni no, ni todo lo contrario; lo que creía que iba a ser bueno y estupendo, no era tan bueno ni estupendo; y lo que creía que iba a ser malo y un horror, tampoco era tan malo y horroroso...” En fin, una completa y frustrante (para un *occidental*) rara paradoja.

Mirad, chicos, o camaradas (según el caso) –les decía–, lo único que sé es que es una sociedad insos-

tenible y derrochadora, que va a morir por dos o tres razones muy simples: porque las chicas no tienen sujetadores y medias de cristal en las mercerías, porque los chicos no tienen pantalones tejanos en los almacenes, y porque las familias no tienen papel higiénico en sus retretes; pero el extraño y paradójico asunto es que todos ellos, chicas, chicos y familias, tienen en sus casas un montón de rublos con los que podrían comprar fácilmente todas esas cosas, puesto que casi todo lo realmente importante no les cuesta nada.

Y, así era, en efecto, de ese modo tan estúpido, nada de lo importante tenía valor alguno para ellos; y la salud, la educación, el transporte, la energía eléctrica, el gas, la vivienda, la tranquilidad social, todo eso por lo que aquí suspirábamos, todo ello garantizado, quedaba anulado, de un plumazo, por el deseo de un sujetador, de unas medias y de un rollo de papel higiénico; así de raro y de paradójico, pero de sencillo, era el asunto.

La mayoría se quedaba mirándome, o mirándose unos a otros, como preguntándose, pero y todos los tratados y sesudos análisis, y las interminables discusiones que hemos leído y que hemos escuchado, ¿dónde quedan? ¿Todo se va a venir abajo por unos pantalones vaqueros y unos sujetadores, o por el papel higiénico?

Sí, quizás, era una conclusión demasiado reductora del tema, pero también muy plástica e ilustrativa; pues para qué explicarles que los cimientos del desarrollo económico y social sobre el que se había construido la Patria del Socialismo eran los mismos que los del Capitalismo: la producción industrial (el trabajo en relación con la *productividad*), la *posesión* de las cosas (intermediada quizás por el Estado, pero *posesión*, al fin y al cabo) y la depredación de los bienes naturales, entre otros; pero sin los mecanismos y órganos de desarrollo lógicos y apropiados a un modelo de ese tipo; esto es, el *capitalista*: tales co-

After a recent mock NATO battle in Europe using only tactical nuclear weapons and described as a 'limited engagement' it was estimated that over 2,000,000 non-combatants would have been fatally or seriously injured.

mo el mercado y la distribución de los bienes de primera necesidad.

He aquí la gran paradoja, un Capitalismo (de Estado) sin Mercado; razón por la cual, en el Moscú que conocí (cuyo alcalde era Yeltsin, el mismo fantoche alcoholizado que Occidente utilizó para dar la puntilla a la Rusia *socialista*), se perdía, lamentablemente, más de la mitad de las vituallas en los almacenes, sin poder ser distribuidos, a tiempo: a pesar de los convoyes-supermercados que abastecían, en las estaciones de ferrocarril, a la población de los cinturones residenciales de las grandes capitales y de Siberia (cuando no, acaparados por los mismos especuladores mafiosos que luego han heredado el país y la *privada* explotación de sus inmensos recursos).

O cómo hacerles ver que cualquier dialéctica social interna de carácter revolucionario había quedado anulada por una casta –la denominada *Nomenklatura*–, y unas instituciones, y unos canales de representación, tan inservibles y poco prácticos como los que nos habían habilitado nuestras *nomenklaturas*, aquí, en nuestras democracias occidentales. O que el *deseo* –el deseo de obtener lo que no tienes– es un motor histórico de primera mano, y que el Socialismo es antes que nada un “objeto de deseo”, o no es nada.

Cómo explicar una sociedad en la que nadie se paraba a apagar un interruptor, porque no le costaba nada la electricidad, o nadie cerraba un grifo de agua caliente, porque no le costaba nada el agua caliente (ni la calefacción o el agua fría); o nadie se paraba a recoger una bobina de cobre de varios cientos de kilos, abandonada en medio de una obra, o de una aceña, porque ya habría otra bobina (venida quizás de Ucrania), cuando se necesitase acaso sólo unas calles más arriba de donde la otra ha quedado abandonada; o en la que nadie reparaba ni reciclaba la maquinaria y las herramientas obsoletas y oxidadas, por la misma razón por la que a nadie se le ocurría reciclar la bobina de cobre abandonada en medio de la calle; pero en la que, por el contrario, podía haber una reyerta, con muertos por medio, por unas medias, por un sujetador de encaje o por unos pantalones vaqueros. O un mundo tan obsesionado con la seguridad, en el que uno, sin embargo, podía pasar tranquilamente una frontera a pie, con su portafolio en la mano, o un equipo de alta fidelidad medio camuflado en un motor, o un radiocasete de estraperlo encima de una mesita.

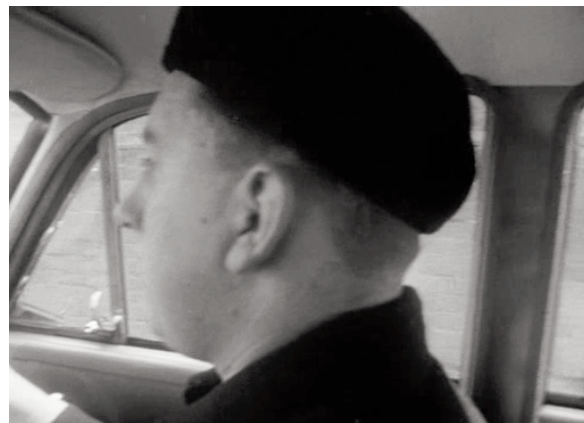
Cómo explicarles que un camarada camarero nos estuvo mirando más de media hora, sentado en su silla, en un restaurante popular, antes de avisarnos (esto, cuando nos acercamos a él para pedirle amablemente las bebidas que íbamos a tomar) de que no nos

servía, no porque fuésemos extranjeros o especialmente desagradables, a pesar de que éramos los únicos camaradas clientes en el inmenso local, ni por un arranque súbito de dignidad socialista revolucionaria, sino simplemente porque no estábamos en una mesa de “su zona”, y nos habíamos sentado casualmente justo en una mesa de la zona que no le correspondía servir. Cómo explicarles que nos fuimos sin pagar, porque, aun estando ya situados en una mesa de “su zona”, decidió que veinte minutos eran poco tiempo para venir a darnos la minuta de la consumición. Que nos vio salir tranquilamente y que ni se inmutó, ni hizo siquiera un gesto de sorpresa desde su silla, pues nadie le pediría cuentas ni responsabilidad por sus actos.

Cómo explicar el fracaso de todo un mundo, en realidad, de todos esos mundos, por razones tan aparentemente triviales; y, en una parte muy importante, hay que reconocerlo también, por sus propios, aunque raros y muy paradójicos, éxitos y alcances.

Que, a la postre, no eran, en efecto, sociedades socialistas, en cuanto que se fundamentaron en parámetros de desarrollo idénticos a los de las sociedades capitalistas, pero sin los instrumentos lógicos al sistema capitalista, como es el mercado y la distribución capilar de los bienes; y la ilusión del deseo, claro está... Que, justamente, en ese –esos– mundo(s) no había *objetos de deseo* diferentes, o alternativos a los que pueblan el imaginario del consumo capitalista: como bien podrían haber sido la autocontención, o el goce tranquilo e inmediato de la vida, por ejemplo. Y que la escasez, en tal contexto, agudiza aún más el deseo de posesión. Que según los rusos de entonces –y de allí–, un ruso era un ser compuesto de cabeza, tronco, extremidades y una bolsa de mercado; pues *allí donde vieses algo cómpralo* –se decían–, *por si acaso mañana ya no lo hay...*

Acabo de llegar de Berlín y he aprovechado para una breve incursión por los alrededores que pertenecieron a la antigua RDA, y lo que he visto (como lo que vi entonces) me reafirma en lo esencial de mi visión del asunto, que aquellas eran sociedades de



naturaleza compleja y paradójica, pero que no fueron en absoluto sociedades socialistas (ni siquiera, el modelo *autogestionario* yugoslavo, con todo su potencial atractivo); y que, tras varias generaciones de supuesto *socialismo*, no sólo no crearon ningún “hombre nuevo”, sino que básicamente han producido o seres pasivos, o seres ávidos de tener “las cosas” que no tenían: esto es, consumidores compulsivos (paradoja extraordinaria y decepcionante, si se considera). Resultado no muy diferente del alcanzado en el “Mundo Libre” (permítanme la broma).

Y, aun así (y con todo), para finalizar, una rareza más del asunto, que nos afectó, y que, hoy, aún nos afecta a todos *nosotros*; un rizo más –y no el menos tramado– dentro de esta mar rizada. La existencia de esos extraños y paradójicos mundos *socialistas* del oriente resultó, no obstante, una *bendición* para la clase obrera del occidente, por cuanto obligó a los amos del Capital a mantener, por varias generaciones, las formas (vagamente *democráticas*: por si las moscas); así como su desaparición efectiva, hace veinte años, ha supuesto una como especie de *maldición* (pues ya esas formas –aun vagamente *democráticas*–, no sólo huelgan, sino que directamente se desprecian: y a las pruebas me remito).

O quizás no: veremos.